

La Justicia



© Barroquita, 2021

© Miguel Antonio Guevara, 2021

© de la ilustración: María Gabriela Lovera

Petalurgia, 2021

Colección Arcania



petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia

Edición general: Ma. Gabriela Lovera y José Miguel Navas

Selección editorial / Arcania: José Miguel Navas

Diseño y maquetación:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2021

Barroquita





Barroquita
Miguel Antonio Guevara

Colección Arcania / La Justicia

La Justicia



ARCANO VIII

I

Kike Vilasmata solía recordar esta historia. Una que le hubiese gustado escribir. Se trata de un hombre que vivía dentro de un diente de león y que por más fuerte que gritara nadie lo podía escuchar. Según Kike era una fábula alemana o danesa. La sacó de una serie o la escuchó en un tren. No está seguro. Todavía recrea en su mente la imagen del cuerpecito agitando los brazos y gesticulando auxilio. Por más chico que sea el hombre de la flor, puede leer sus labios o, más bien, escuchar la vocecita, como si la imaginación fuese el radiotelescopio de Arecibo antes del derrumbe. ¡Ayuda!, dice, ¡que se haga justicia!

Abogado será o profesor de romano I, dice Kike, recordando sus días en la facultad. Justo en ese mo-

mento la imagen se hacía más presente, sobre todo tras la aparición de la esfera solar en la sala de su piso en carrer de la marina con carrer València. Después de todo, ¿no era un diente de león algo así como una bombilla vegetal? ¡Es la cosa más normal del mundo! El disco solar le recordaba su historia preferida, su imagen potente, como si el recuerdo se hubiese convertido en el antónimo de las lagunas mentales que es, desde luego, imaginar demasiado o ver con excesiva claridad las cosas que uno no quiere volver a ver. Él sabe que la huida es tan física como mental, que uno puede largarse de su hogar, de su país, pero también de los olores o sabores, incluso de los momentos de felicidad que se experimentaron con los que ahora están muertos. Kike sabe que ese no es el asunto, que más bien la esfera solar y su posible contenido lo distraen de su verdadero propósito que es emular la fábula danesa en una tarea tan improbable como inútil: hacer una mini novela de cinco páginas, mientras su esposa se va a dar vueltas por el barrio. Tenía esa mañana, no escribía cuando ella estaba en casa porque prefería quedarse observándola, verla desde la ventana, mantenerse en ese lugar por-

que de pronto el sol hacía ver sus vellitos de la cara, que eran muy parecidos al campo repleto de espigas en Saint-Jean-Pied-de-Port, o a los yerbajos que acariciaba la mano de R. Crowe en su película preferida: un Espartaco del siglo XXI que le recordaba que los hombres de ahora no son ni la uña del dedo meñique de los de antes. ¡Gracias a Dios!, dice, mientras piensa en su micro novela de cinco páginas y observa el disco solar flotando en la sala de la casa.

II

La muchacha se quedaba viendo la Sagrada Familia, mientras Kike trabajaba en su mini novela que solo puede ser escrita con tiradas de un mazo de tarot en donde los veintidós arcanos han sido sustituidos por uno solo: La Justicia. La Justicia solo tiene sentido en la repetición, le dijo Kike varias veces a ella. ¡Ay, Vilasmata!, se decía a sí misma. Leía una novela *western* en sus ratos libres o cuando iba por un café. Hacer libromancia no servía porque el libro de tan ajado siempre se posaba en las mismas páginas: «Django dejó caer el

mazo, es decir su único juego de veintidós seres y allí en el tren rumbo al Valle de Chara recordaba el reflejo de él y su caballo en el río crecido. Vio cómo el mago se retiró y la maga. Zum, zum, zum, sonaba el armatoste entre túnel y túnel, a través de los tres cerros, como si fuesen un gusano debajo del cuerpo de la tierra...». Terminó de leer y se puso a pensar en el campanario y que, si la esfera solar no dejaba de flotar en la sala de su casa, hablaría con el señor obispo para llevarla a la basílica pues allí haría juego con el oro del santísimo sacramento. Pero Vilasmata no estaría de acuerdo con semejante sacrilegio. La esfera era una viva representación del dios sol, pero de ahí a rebajarla a la misa y los domingos no tenía mucho sentido. Hasta que él no lograra atravesar con sus propias manos la esfera no se la daría a nadie. La muchacha sabía de ello. Había probado con su propio tacto y conocía de primera mano los efectos de la esfera, sabía que escondía algo en su interior. Su energía rodeaba una especie de cartulina. Energía sobre energía, pensaba, como si fuese una estudiosa de Lavoisier. Porque nada de reactor nuclear ni objeto divino le era ajeno, todo alrededor transformán-

dose. Era un vecindario barroco y nada barroco le era extraño. Así fue como llegó a la conclusión: la esfera solar era una entidad barroquita, eso, barroquita, repitió. En ella ocurría la conjunción de muchas cosas que parecían no tener mucho sentido, pero que se veían bonitas juntas y eso era lo que importaba. Una masita de poder y belleza. Todo lo bello es bueno y todo lo bueno es bello, concluyó, como si fuese un silogismo imposible de superar, así que pensó en apuntarlo en su agenda, porque lo más probable es que eso se convirtiera en uno de sus desmesurados proyectos. Kike Vilasmata no eres el único genio aquí, decía en casa y la esfera hacia como si palpitará, y ella decía que era en señal de aprobación y a Vilasmata no le quedaba más que citar poetas medievales, mientras mordía el lápiz amarillo número dos, intentando desentrañar el misterio que tenían enfrente.

III

Vilasmata pretendía hacer una novela de solo cinco cuartillas. Pero recordemos que con un disco solar flo-

tando en tu piso todo es posible. Hay algo dentro del diente de león, escribe varias veces, pero le da miedo meter la mano. Según han dicho los vecinos, el conserje y sus amigos, tras haber tenido el contacto de primer tipo con la esfera luminosa no han dejado de tener visiones sobre el pasado. El problema no son las visiones, sino que no están seguros si en efecto se trata del pasado o solo son visiones. ¿Habría alguna diferencia?, preguntaba Kike Vilasmata, pero nadie parecía entenderle, se quedaban viéndola absortos. También se hacían los locos y permanecían en casa solo para observar la esfera, Vilasmata no sabía cómo correrlos del piso y pensaba en que siempre era un problema hacerle entender a los vecinos cuando la visita llega a su fin. No es que no le gustara ser anfitrión, estaba más bien atrapado en el problema de escribir o atender a la gente y, cualquiera de esas cosas es imposible, cuando intentas desentrañar la naturaleza de una esfera solar en la sala de tu casa. Nadie entiende lo que estoy haciendo, pensaba Vilasmata, voy a tener que hacer una reunión con todo el barrio y explicarles a qué me dedico para que nadie ande haciendo ruido cuando no debe

y, mucho menos, preguntándome si pueden entrar a meter la mano en el solecito. Ah, porque esa es otra cosa, cada uno le ponía el nombre que le daba la gana: esfera solar, sol de plata, divino niño informe, estrella de la mañana y otras cosas. Parecía que, entre las doñas de la legión de María, los holísticos de la esquina y los rosacruces del piso tres había una disputa tremenda basada en si se trataba de la parusía misma, o era más bien una entidad no divina. Vilasmata solo alcanzaba a rogarle a su dios particular para que ojalá no se enteraran los judíos de la manzana de atrás, porque a lo mejor cumplían su fin último mesiánico y él no estaba para eso. Él lo que quería era escribir su puta novela de cinco cuartillas, así tal cual lo dijo, pero hacia dentro. La única que podía correr a la gente, así, en mayúsculas era su mujer y ella no dejaba de pensar en cómo se levantaba la basílica y en comparar mentalmente minarettes con excesos de modernidad. En esos momentos Vilasmata solo pensaba en que la única forma de poder seguir con su trabajo era integrándolo todo al proyecto mismo, como si fuese una mala versión de una *cancionaca* del verano, que no lograba sacarse de

la mente, como una Macarena en reguetón, decía, pero la muchacha le corregía diciéndole que eso era *trap* o la Rosalía o qué se yo y que, al final, le tocaba una mala versión literaria del «si no puedes con ellos úneteles».

IV

Vilasmata sabe que la mini novela tiene tanto sentido como la de mil páginas, porque si nadie lee las de cien, doscientas o trescientas, igual no vale la pena una desmesura de folio tras folio, ¿no? Así que tiene en mente hacer una Novela Río después de la Novela Quinta o la Novela Error o Novela *Glitch*, como también la llama, porque toda novela de mil páginas o cinco páginas no deja de ser un error en el que puede copiar malamente a Proust o Flaubert, si le da la gana. O a Joyce, mejor. Sí, una Novela Río o una Novela Quinta o una Novela Error podría copiar mejor al irlandés, porque una novela tan larga o corta solo podría ser posible si no empezara nunca, es decir, un relato que se encarga de ser tan detallista o impreciso o tan disperso que al final no empieza nunca. Además, ¿quién dijo que un día cabe en

una novela? Imposible. La vida es inaprensible, pensaba, sino no se dedicaría todos los días desde la aparición de la esfera a realizar su tarea. Que si fábula tras fábula, que si una lista de tales o cuales personajes incluyendo, desde luego, a sus vecinos mirones y a su chica viendo la Sagrada Familia o leyendo novelas *western*, pero sabe que de ese numen, de ese juguito, es que vale la pena desentrañar los misterios. Un momento, ¿realmente podría llamársele misterio a una cosa que está en la sala de tu casa?, ¿realmente podría ser del orden de lo desconocido algo tan familiar como tu corazón? Eso del corazón le recordó a una de sus vecinas que también le decía a la esfera Sagrado Corazón, como si el salvador hubiese dejado solo el hueso del pecho allí tirado. Tiene sentido, decía Vilasmata, es la única forma de entender el estado actual del mundo y las cosas del mundo. Al fin se dio cuenta de que para saber cómo terminar su micro novela o Novela Quinta o lo que sea, era haciendo lo que aún no se atrevía: tocar con sus propias manos la esfera y poner a prueba sus visiones. Él estaba entrenado para eso, vivir constantemente en la luna te prepara para nunca tener muy claro el límite entre

lo que piensas, ensueñas o recuerdas. Era ese el estado normal de su vida desde hace mucho tiempo, así que a meter la mano como si fuese una tómbola y ver qué número salía, a ver si por fin era el receptor de un premio espiritual, tener la revelación de su vida o al menos del año o del día. Porque esa es otra cosa, ¿no basta acaso una sola experiencia mística en la vida?, ¿es necesario pasarse cada hora buscando epifanías? Con una le bastaba, así que era mejor probar atravesar la luz.

V

¿La Justicia era la mini novela convertida en disco solar?, se preguntó, como si siempre hubiese estado hecha ante sí. Pero él, quien años atrás se había dedicado a la minería a cielo abierto en el tercer mundo, desconfiaba de tesoros a simple vista, porque sabía que para encontrar uno había que cavar muy profundo y joder todo alrededor. Es mejor buscar en uno mismo o cerca de uno mismo, apuntaba. Ya había perdido parte del lenguaje, pero no era problema. Pensaba en catalán, pero hablaba en latino neutro, porque en el hotel don-

de vivió sus días tercermundistas solo había televisión con doblaje latino. Era todo un resabio. Ver televisión no era lo único que hacía, también memorizaba la obra de Mercè Rodoreda como si fuese una serie de esas con puro relleno, algo así decía cuando se emborrachaba y maldecía en su latino neutro. ¡Qué barbaridad!, se señalaba a sí mismo. Sabía que solo bastaba con pasar su mano alrededor de la esfera para sentir que en su interior había algo. A veces soñaba con lo que contenía. Tal vez una mujer un tanto monárquica que hablaría desde su tercer ojo contándole sobre la trampa de mover los discos de la balanza con la rodilla. La Justicia no es ciega, comentaba, así, mentalmente. Si lo que hay allí dentro es una carta, tal como lo intuyo, es autónoma, sin mazo. Su revés será hermoso, letras menudas, una tipografía marcada sobre lo que parece el papel más ahuesado del mundo. Pero, ¿qué sería de esa extraña inscripción?, según entiende era otra fábula. La primera vez que Pilar Ternera leía el porvenir de la baraja a un Buendía. Barroquita, escuchó una voz salida de la esfera. Vilasmata supo de inmediato que ese sería el nombre de su micronovela y que ya no había más

nada qué hacer, pero su curiosidad pudo más que su intuición y así fue como Kike Vilasmata se atrevió a meter toda su mano en la esfera solar. Era una baraja. Sin duda, La Justicia. Cuenta que si alguien la toca y tiene la mente en blanco se convierte en una especie de acordeón, desplegando la mini novela y tocando la música de un hombre que vive en el interior de un diente de león y pide a gritos que lo saquen de allí. Entonces Vilasmata no hace sino copiar lo que el cuerpo dicta, porque él sabe que es como ese pulgarcito intempestivo, así es él en ese piso, en esa calle, en ese pedazo del mundo que él llama su vida. Coge la bufanda y sale. Allí estará ella, vibrando más que la esfera solar y con las mejores memorias. La única que puede escuchar su voz más allá del diente de león, del corazón de dios o el tercer ojo de la dama.



MIGUEL ANTONIO GUEVARA
(BARINAS, VENEZUELA, 1986)

Miguel Antonio Guevara es escritor. Ha realizado estudios de sociología, filosofía y literatura. Sus últimos libros son la novela *Los pájaros prisioneros solo comen alpiste* (LP5 Editora, 2020), la compilación de poemas *Mudable, Antología transitoria 2009-2019* (Ediciones Madriguera, 2020) y la nouvelle *Mahmud Darwish anda en metro* (El Taller Blanco, 2019). Su ensayística se encuentra en su blog como «Crítica de la razón hipertextual» (2010-2020). Ha recibido distintos reconocimientos, entre ellos el VI Premio Nacional Universitario de Literatura Alfredo Armas Alfonzo y el VIII Premio Internacional de Ensayo Mariano Picón Salas.



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)